
LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA Y SUS PIONEROS*

LOS KEYNESIANOS
Y LA POLÍTICA DEL GOBIERNO
1933-1939

Alan Sweezy
Profesor de economía,
Instituto Tecnológico de California
Traducción: Mario García

* N. del E. Este artículo fue publicado por el *American Economic Review, Papers and Proceedings* en mayo de 1972. Fue seleccionado para ser publicado en esta entrega por presentar un análisis del aporte de Currie en el contexto de los debates de su época, y por destacar el carácter keynesiano de sus contribuciones en materia de política fiscal. Alan Sweezy, profesor del Instituto Tecnológico de California ha publicado diversos trabajos sobre historia del pensamiento económico, en particular sobre la llamada "revolución keynesiana". Sweezy, Alan, "La revolución keynesiana y sus pioneros: los keynesianos y la política del gobierno 1933-1939", *American Economic Review* 62, Papers and Proceedings, mayo 1972, pp.139-41. Traducción de Mario García.

Resumen

Currie, Lauchlin, "La revolución keynesiana y sus pioneros: los keynesianos y la política del gobierno 1933-1939", Cuadernos de Economía, Vol. XIII, Números 18-19, Bogotá, 1993, pp. 101-118.

En este artículo el autor, sobre la base de un análisis de las principales contribuciones económicas de la década del 30, destaca los elementos de Keynesianismo implícitos en los primeros aportes de Currie y en general del grupo de "cerebros jóvenes" que asesoraron a Roosevelt para la formulación de las políticas del New Deal. Sobre la base de una revisión de los principales debates de la década del 30 muestra que, fue al calor de estos debates, que luego serían acallados por la Segunda Guerra Mundial, como se despejó el camino para la aplicación de políticas monetarias y fiscales 'razonables' y para su conversión en pieza fundamental del bagaje institucional del Gobierno.

Abstract

Currie, Lauchlin, "The Keynesian Revolution and its Pioneers: The Keynesians and Government Policy 1933-1939", Cuadernos de Economía, Vol. XIII, Numbers 18-19, Bogota, 1993, pp. 101-118.

In this article, the author highlights Keynesian elements implicit in Currie's first contributions, and in general, in the contribution of the group of "young brains" who advised Roosevelt on the formulation of New Deal policies. He bases his work on an analysis of the principal economic contributions of the 1930s. A revision of the principal debates of the 1930s shows that these heated debates, which were later silenced by World War II, served to clear the way for the application of 'rational' monetary and fiscal policies and for their conversion into a fundamental part of the institutional workings of government.

No existían keynesianos propiamente dichos antes de la *Teoría General*. Esto hace difícil decir quién debería ser incluido en una lista de keynesianos de la primera época del *New Deal*. Es posible encontrar elementos de keynesianismo en el trabajo de varios autores pero nunca el producto completo. Con el fin de discutir sobre aquellos que tuvieron influencia en la política de la primera época, he seleccionado unos cuantos personajes sobresalientes que, de una u otra manera, contribuyeron a orientar la política en una dirección keynesiana: sus aportes fueron bastante diversos, tanto en alcance como en énfasis. Unos más, otros menos, todos fueron influenciados por Keynes. He incluido los elementos keynesianos de su pensamiento, lo mismo que los no keynesianos, y señalado tanto los contrastes como las similitudes.

ANTES DE LA TEORÍA GENERAL

A la hora de examinar el trabajo de los primeros keynesianos, debemos recordar que existían en aquel momento obstáculos formidables para diseñar y formular lo que hoy consideramos políticas monetarias o fiscales razonables:

1. La mayor parte de los economistas profesionales estaban más dispuestos a la búsqueda de falacias que a la de soluciones. A comienzos de 1934, siete economistas de Harvard —incluyendo figuras ya entonces tan eminentes como Schumpeter y Chamberlin— manifestaron en la Introducción a *La Economía del Programa de Recuperación*:

Pero no fue parte de nuestro plan el sugerir medidas de política remedial... El análisis y la crítica tienen su lugar de manera completamente independiente de la existencia o la naturaleza de propuestas alternativas.

2. No sólo tenía malas connotaciones la palabra "gasto" —estando vinculada comúnmente a calificativos tales como "loco", "insensato" o "salvaje"— sino que existía también bastante confusión acerca de sus efectos económicos. Los diferentes tipos de gasto eran evaluados de acuerdo con sus consecuencias técnicas, políticas o morales y pocas personas veían un elemento común a todos los tipos de gasto. Por supuesto, el déficit era considerado particularmente malo puesto que involucraba un incremento en la deuda.

3. La idea de que existía un ciclo de los negocios dominaba por igual el pensamiento de los economistas y el de los hombres de negocios. Y junto con ella existía la convicción de que las recesiones desempeñaban una función terapéutica. Las raíces de la depresión se encontraban, según esta opinión, en los "excesos" y los "desajustes" del auge. Se pensaba que la venta de los valores, la deflación de precios y la reducción de los ingresos eran necesarios para corregir esos desajustes. La duración y severidad sin precedentes de la depresión de los treinta eran atribuidos a los "excesos extraordinarios" —incluyendo la pretendida inflación— de los veinte.

4. Había una insuficiente comprensión del proceso inflacionario. De hecho, las ideas prevalecientes rayaban con la magia. No sólo se tenía la certeza de que un aumento en la cantidad de dinero produciría inflación, sino que se pensaba que algunos tipos de dinero eran mucho más inflacionarios que otros. Difícilmente se le hubiera ocurrido a alguien preguntarse hasta qué punto, dado el grado de inactividad existente en la economía en 1932-1933, pudiera producirse la inflación. La mala comprensión del proceso inflacionario conducía al temor de que, si el Gobierno seguía las políticas equivocadas, la inflación podría fácilmente desbordarse. Ello constituía un freno poderoso a la experimentación en el área de las políticas monetarias y fiscales.

5. Un obstáculo final era la falta de una teoría comprehensiva, como de los datos que permitieran una evaluación cuantitativa y sistemática de las operaciones fiscales y monetarias del Gobierno.

La Reserva Federal se convirtió, desde finales de 1934, en la principal área de influencia keynesiana. Marriner Eccles acababa de ser nombrado presidente de la Junta, trayendo con él desde el Tesoro, a **Lauchlin Currie**, con quien había descubierto allí una profunda afinidad en los asuntos fiscales y monetarios. Mucho

antes de ir a la Reserva Federal, ambos habían promovido activamente políticas keynesianas. Por ejemplo, Eccles se había reunido, en noviembre de 1933, con Tugwell, Wallace, Hopkins, Ezekiel y otros para proveerlos de argumentos “acerca de cómo una política planeada de financiamiento adecuado del déficit podría servir al humanitario objetivo que más directamente les concernía (p. 131). Currie ya había abogado por políticas monetarias y fiscales expansionistas, tanto en sus escritos como en sus clases como instructor de economía de Harvard antes de ir a Washington en el verano de 1934.

Eccles había atribuido el carácter avanzado de su pensamiento al hecho de que: a) era un banquero de provincia y b) nunca había ido a la universidad. Tal explicación, aunque atractiva, no resistiría la verificación estadística más elemental. Deben haber existido cientos de banqueros de provincia que disfrutaron de la ventaja de no haber ido nunca a la universidad y que, sin embargo, no contribuyeron absolutamente en nada al pensamiento sobre la política monetaria y fiscal. La explicación es, más bien, que Eccles combinaba una rara habilidad para llegar directamente a lo esencial de un argumento económico con la independencia intelectual y el coraje de decir públicamente y de manera exacta lo que estaba pensando.

Currie, al igual que Keynes, se impacientaba con la actitud negativa de muchos de sus colegas profesionales. Persuadió, a comienzos de 1934, a cinco de quienes éramos entonces instructores de economía en Harvard para enviar con él una carta abierta al presidente Roosevelt, respaldando los aspectos principales del programa de recuperación del *New Deal*.

...deseamos recomendar muy especialmente aquella política que tal vez ha recibido más críticas que ninguna otra por parte de nuestros colegas profesionales, su política monetaria.

El abandono deliberado del patrón oro marca una de esas raras ocasiones desde la guerra en las que un gobernante a la vez que vislumbra el peligro, toma simultáneamente medidas para conjurarlo.

Y añadíamos, como descubro ahora con grata sorpresa al releer la carta, “nuestro más cálido apoyo para su política de aumento en el gasto público.”

La mayoría de nosotros estábamos más influenciados que **Currie** por la noción entonces prevaleciente de que, de algún modo, el análisis en términos de dinero no era lo suficientemente “**profundo**” y le indujimos a añadir:

no creemos en la eficacia de las medidas monetarias por sí solas... De hecho, nuestro interés principal apunta, más bien, a sus programas de reforma de más largo alcance...

Lamento que no tuviésemos, en ese entonces, una idea clara de cuáles eran las reformas necesarias. Sólo años más tarde, cuando Keynes y Hansen mostraron el camino, habríamos de ver cómo las fuerzas históricas más amplias que afectan el nivel de inversión podían ser combinadas con el análisis monetario y el del gasto, para lograr así una explicación más **profunda** de la depresión.

Ya antes de partir hacia la Reserva Federal, **Currie** había hecho contribuciones notables a las teorías monetaria y del ingreso. Había desarrollado una serie de oferta monetaria, libre de la confusión entonces común entre crédito y dinero, que mostraba cómo la cantidad de dinero había crecido lentamente en los años veinte —muy difícilmente de 1927 a 1929— (Currie, 1933). Había condicionado a un análisis crítico exploratorio la idea de que los años veinte habían sido un período inflacionario. Señalaba que la oferta monetaria había crecido relativamente poco, que los precios de las mercancías habían permanecido estables, que no hubo escasez significativa de trabajo ni de insumos y que la acumulación de inventarios no había sido excesiva (Currie, 1934, p. 161). Concluía que “es una lección de singular importancia el que de ningún modo se necesita un auge previo para alcanzar una depresión severa” (p. 168). O, como lo señalara D. H. Robertson, en lugar de una cima seguida por una sima, **Currie** describía la situación como “un pequeño repunte seguido por un derrumbe.” Las implicaciones que, para la política de los años treinta, tuvo esta nueva manera de ver a los veinte fueron, por supuesto, profundas.

Mientras estaba aún en el Tesoro en 1934, **Currie**, con la asistencia de Martin Krost, inició el cálculo de unas series que fueron llamadas en un comienzo series del “Déficit de impulso inicial”, más tarde “Gastos federales generadores de aumento del ingreso”, y, finalmente, “Contribución neta del gasto federal al poder de compra nacional”. Esta fue una mejora técnica respecto al uso del déficit oficial como medida del impacto de las operaciones fiscales

del Gobierno sobre la economía, y, lo que es más importante, un triunfo semántico de primera magnitud. Sacó a la luz el elemento común a todas las operaciones fiscales. A nadie que se hubiera acostumbrado a pensar en términos de la contribución neta se le habría ocurrido promover la recuperación mediante un aumento del gasto en obras públicas y, al mismo tiempo, recortar los salarios del Gobierno y aumentar las tasas impositivas¹.

La serie de contribución neta logró, en 1937, llamar la atención sobre el efecto contraccionista de los nuevos impuestos de seguridad social. Con respecto a su posición acerca de la reserva de seguridad social, Currie señala:

Creo que siempre me opuse a la idea de un fondo para la seguridad social porque era una falacia de composición y por su efecto deflacionario, y finalmente convencí a Roosevelt sobre este punto a comienzos de 1940. La transición al "pague cuando lo use"² y a un aumento en los beneficios había de constituir el gran debate en la campaña de 1940, pero fue olvidado a medida que se fue acercando la guerra. Siempre sentí que ello señalaba la real comprensión de la economía y de la política fiscal de Roosevelt —a diferencia de los aspectos humanitarios—.

Un apoyo calificado a las políticas keynesianas llegó de J. M. Clark y Arthur Gayer. En sus informes al Comité Nacional de Recursos abogaban por un programa contracíclico de obras públicas, financiado ya fuera por un aumento en la oferta de dinero o por una activación de los depósitos ociosos. Clark era un pensador original y complejo, lo cual era una fuente tanto de fortaleza como de debilidad. Como ejemplo de su originalidad, desarrolló la teoría del multiplicador independientemente de Kahn. "Si una reducción de la producción y del ingreso es seguida de una reducción menor del gasto, entonces la serie de los efectos derivados es una serie decreciente del tipo de las que convergen a una suma finita,

-
- 1 Albert Hart, quien ha sido mencionado como uno de los que idearon el concepto de contribución neta, escribe: "Creo que en mi estudio del Tesoro sobre las deudas (estrictamente sobre agencias de crédito gubernamentales) argüí que la contabilidad usual incluía en el déficit gastos que, no sólo no generaban ingresos, sino que en ciertos casos eran intragubernamentales." Así, parece que Hart dio el primer paso en la evolución de la serie de contribución neta, si bien, como él mismo señala, "el triunfo semántico de convertir los déficit en algo positivo fue de Currie".
 - 2 N. del Ed. En inglés "*pays-as-you-go*". (Las comillas no están en el original).

no infinita" (1934, p. 85). Él hizo muchas otras observaciones interesantes sobre el funcionamiento del sistema económico. Falló, sin embargo, en mostrar cómo se relacionaban unas variables con otras —por ejemplo, no hizo uso del multiplicador— o en señalar cuáles eran de importancia capital y cuáles meramente incidentales.

Clark y Gayer estaban todavía muy dominados por el esquema de pensamiento tradicional del ciclo de negocios. Gayer afirmaba que "la prueba del ácido de los trabajos públicos planificados está en la medida en que logren corregir, durante las depresiones, los desajustes que las causan, y prevenir, durante la prosperidad, su desarrollo" (p. 380). En medio de tal clima de opinión, Currie fue osado al sugerir que no había existido "sobreeexpansión" durante los veinte.

La falta de apoyo en el Tesoro para impulsar las políticas keynesianas fue el talón de Aquiles del *New Deal* en su búsqueda de una solución realista al problema del desempleo. Como señala Eccles, Hopkins e Ickes debieron tomar la iniciativa al señalar como urgente el impulso de un programa de gasto en gran escala. Pero su solicitud era generalmente dejada a un lado como una solicitud especial. "Si el gasto hubiera sido publicitado por el Tesoro como un argumento '**económico**'... creo que se hubiera podido contener parte de la implacable oposición que despertó el programa de recuperación" (p. 184). Más aún, al ser unos reformadores "**idealistas**", los hombres del *New Deal* se encontraban expuestos al cargo de derrochadores. Hombres de negocios o financistas "**testarudos**" se hubieran encontrado en una posición mucho mejor para defender aumentos deliberados en el gasto.

El Tesoro, en realidad, sí tenía, en el primer período, dos asesores con una buena comprensión de lo que era entonces un análisis avanzado del dinero y del ingreso: James Harvey Rogers, del Departamento de Economía de Yale, y Jacob Viner, entonces de la Universidad de Chicago. Aunque con niveles similares de erudición económica, eran de temperamento distinto. Rogers, a pesar de tener un pensamiento conservador en materia de filosofía social, disfrutaba, como Keynes, sorprendiendo al auditorio con propuestas atrevidas y desconcertantes. En el verano de 1932 sugirió la creación de un ejército para tiempos de paz como medio de distribuir una gran cantidad de poder de compra adicional. El ejército podría ser usado, sugería, para cazar monstruos marinos

en el Caribe o, mejor aún, para luchar contra los *gangsters* en Chicago y Nueva York.

En julio de 1933, Rogers señaló que “las obras públicas financiadas mediante la expansión del crédito” son el único tipo de inflación que **sabemos** que funciona y que el Gobierno, por tanto, debería estar preparado para incrementar “**en gran medida**” las obras públicas. Si bien se encontraba en esa época a la cabeza de la mayor parte de sus colegas en lo que concierne a la comprensión de la economía de la depresión y la recuperación, no hubo ningún desarrollo significativo de sus ideas económicas después de 1933. Su influencia en la profesión, lo mismo que en la administración, se desvaneció después del primer período del *New Deal*³.

A diferencia de Rogers, a Viner no le gustaba nada que sonara dramático o radicalmente innovador. En una conferencia dictada en la Universidad de Minnesota en febrero de 1933, dijo que podría estar dispuesto a aconsejar “mayores gastos del Gobierno, financiados con emisión primaria o con préstamos” si sólo fuera factible que los Estados Unidos abandonaran el patrón oro. Estaba convencido, no obstante, de que las dificultades prácticas de tal medida eran insuperables y que, en consecuencia, “si vamos a tener inflación debemos tenerla dentro del patrón oro y sin presupuestos tan mal balanceados como para asustar a *Wall Street*”. Ignoro hasta qué punto haya promovido Viner una política de déficit deliberados entre 1933 y 1936. De acuerdo con Stein (p. 102), apoyó a Morgenthau en octubre de 1937 en urgir al Presidente para que se adhiriera a una política de intervención del Gobierno con el fin de “brindar seguridad sobre un presupuesto balanceado y estimular así la inversión privada.” En su mensaje presidencial a la Asociación Económica Americana en 1939 dijo que, mientras el punto de vista de corto plazo parecía justificar el nuevo dogma de los déficit en períodos recesivos, en el largo plazo “todavía hay vida para los viejos dogmas.”

DE LA TEORÍA GENERAL A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La *Teoría General* marcó un hito tanto en la evolución de la política económica como en el de la teoría. Permitted desecher por fin el ar-

3 Me he basado en gran medida en la discusión de Rogers sobre la disertación inédita de Byrd Jones, además de otros materiales suministrados por él.

gumento de la reducción de salarios como vía para la recuperación al mostrar que el único efecto general de una baja de salarios sería el de hacer el dinero relativamente más abundante. Puso en evidencia lo difícil de una inflación en presencia de recursos ociosos. Dejó sin base el supuesto de que la actividad económica marcharía en un patrón cíclico regular. Mediante los conceptos de la función de consumo y del multiplicador, proporcionó un marco para cuantificar el impacto del Gobierno sobre la economía. La excitación generada por la *Teoría General* entre los jóvenes economistas, y su influencia subsiguiente sobre Washington, han sido narrados hábilmente por J. K. Galbraith en "Cómo llegó Keynes a América" y no necesitan ser repetidos aquí. Galbraith señala también que los datos estadísticos compatibles con la *Teoría General* ya estaban, por fortuna, siendo compilados por Kuznets y otros.

Además de educarse a sí mismos, a los funcionarios del Gobierno y al público en los principios de la "nueva economía," los keynesianos —nuevos y viejos— hicieron contribuciones importantes al desarrollo posterior del sistema de pensamiento establecido por Keynes en la *Teoría General*. En gran medida estas contribuciones fueron estimuladas por la experiencia de recuperación y recesión de 1936-1938.

En el modelo keynesiano más sencillo, la expansión del producto ocurre con precios estables hasta que se alcanza el pleno empleo. A partir de ahí, incrementos ulteriores en la demanda agregada producen inflación pura. Keynes mismo había señalado, no obstante, que el curso real de los hechos rara vez sería tan cómodamente sencillo. Los aumentos de precios debidos tanto a la aparición de *cuellos de botella* como a cambios en la unidad de salario probablemente ocurrirían mucho antes de alcanzarse el pleno empleo (1936, pp.296-304). Esto es exactamente lo que ocurrió a finales de 1936 y comienzos de 1937. Factores importantes que contribuyeron a este fenómeno, como Currie y Eccles señalaron, fueron la aceleración del ritmo de recuperación que siguió al pago de bonos en 1936 y el manejo organizativo del CIO (Currie, 1938).

Hubo algún debate en 1938 acerca de la respuesta política apropiada ante los aumentos de costos y precios de 1936-1937. De acuerdo con uno de los puntos de vista, era necesaria una disminución de la contribución neta del Gobierno con el fin de disminuir la presión de la demanda. El otro, probablemente el punto de

vista mayoritario entre los keynesianos, era que la demanda debería ser sostenida, toda vez que los factores que habían causado el aumento de precios y costos eran esencialmente de naturaleza transitoria. En otras palabras, pensaban que sería posible seguir el camino a través de los *cuellos de botella*. Este punto de vista recibió algún respaldo en el hecho de que la renovada expansión de 1938 fue lograda sin aumentos de costos ni precios. Pero, por supuesto, aún nos encontrábamos lejos del pleno empleo tanto en 1937 como en 1939.

La recesión de 1937-1938 también estimuló una revisión de la Teoría del impulso inicial⁴. Desde nuestra actual situación privilegiada, se distinguen dos versiones diferentes de esta teoría. Una es puramente mecánica: los incrementos en el consumo y en la inversión interactúan de tal modo que logran el pleno empleo. En su forma más simple esta teoría implica que un pequeño incremento en el gasto del Gobierno lograría el pleno empleo⁵. Hansen, quien había mostrado un interés especial en el análisis del acelerador desde la visita de Frisch a la Universidad de Minnesota en 1931, fue el primero en cuestionar la validez de esta idea. En un modelo aritmético, usando un valor de un medio para la propensión marginal a consumir y de dos para el acelerador, mostró que el ingreso, en lugar de crecer indefinidamente, conseguía primero superar el valor proporcionado por el solo multiplicador, pero caía luego nuevamente. Paul Samuelson diseñó entonces una solución más general en su famosa "Interacción entre el multiplicador y el acelerador" la cual mostró que, excepto en los casos irreales de comportamiento explosivo, la conclusión de Hansen era correcta.

La otra versión de la Teoría del impulso inicial era mucho menos precisa. Descansaba sobre el supuesto de que la economía de algún modo se había quedado paralizada y que lo que se necesitaba era un empujón del Gobierno para salir adelante de nuevo. Varios escritores diferían sobre cuán grande debía ser el empujón y cuál su duración. Lo que tenían en común era el supuesto de que una vez que se hubiese alcanzado el pleno empleo (o se encontrase cercano) la inversión privada tendería "naturalmente" a acomodarse para mantener la economía en ese nivel. Sobra decir que a menudo se confundían las dos versiones. De hecho, la Teoría del

4 N. del Ed. En el original "*Pump Priming Theory*".

5 La Teoría del impulso inicial conduce a la conclusión de que el ingreso debería expandirse en la medida en que la contribución del Gobierno fuese positiva. Walter Salant mostró el error de esta idea.

impulso inicial sólo podía tener influencia en la medida en que nadie examinara explícitamente sus premisas.

Hansen también puso en duda la idea de que la inversión tiende a ser —en un plazo relativamente corto— adecuada para mantener el pleno empleo. La inversión neta, señaló, depende de factores dinámicos tales como el cambio tecnológico, el crecimiento de la población y la expansión geográfica. Los auges “mueren de muerte natural”, no porque incuben desajustes y distorsiones, sino porque la demanda por inversión generada por estos factores dinámicos se debilita. Más aún, puede haber largos períodos de debilidad en los cuales las depresiones pueden ser prolongadas y las recuperaciones breves y anémicas. Keynes expresó una opinión similar en “Algunas consecuencias económicas de la disminución de la población” y en pasajes sueltos de la *Teoría General*.

Los términos “estancamiento secular” o “economía madura”, que fueron aplicados a estas ideas, son equívocos por cuanto sugieren una pérdida general de la capacidad para alcanzar el progreso económico. Keynes y Hansen no querían decir que la innovación cesaría o que la productividad se estancaría, sino simplemente que, en una economía desarrollada, la velocidad a la cual se acumula capital podría rebasar el ritmo de desarrollo de las oportunidades para su empleo rentable.

Creo que todos nosotros hemos entendido las consecuencias prácticas que tuvo la tesis de la “economía madura”. Es inconcebible que los responsables de la política económica puedan jamás volver a sentarse sobre sus manos insistiendo en que el único camino posible para curar el desempleo se emprenda a través de un aumento en la inversión privada. Tampoco es probable que nadie en el Gobierno, cualquiera que sea su teoría, llegue a insistir seriamente en tratar de balancear el presupuesto a lo largo del “ciclo” o de cualquier período predeterminado de tiempo. En síntesis, nuestra política es ahora exactamente esa clase de política flexible, pragmática por la que abogara Hansen.

Entre las posibles políticas para combatir una deficiencia de la demanda para inversión, el recorte de los impuestos recibió poca atención hacia fines de los treinta. Había buenas razones para ello. El miedo a la deuda estaba tan profundamente arraigado en el público que incluso los más acérrimos keynesianos dudaban en proponer una política que incrementara abiertamente los déficit.

Una razón aún más importante para rechazar los recortes de impuestos era que la mayor parte de los liberales —y la mayor parte de los keynesianos eran liberales en aquellos días— sentían que la alternativa, un gasto del Gobierno incrementado, era deseable por sí misma. Aunque nadie haya expresado la idea con la fuerza y claridad de *La sociedad opulenta* de Galbraith, existía una fuerte sensación de que el sector público había sido relegado indebidamente en los Estados Unidos y que ya era urgente buscar un balance adecuado.

Un acento de mayor seguridad apareció en los escritos de los keynesianos de este período. En la medida en que habían confiado, consciente o inconscientemente, en la Teoría del impulso inicial, habían quedado a la defensiva para tratar de explicar por qué el gasto del Gobierno no había producido, a fin de cuentas, una recuperación. Keynes nunca suscribió en realidad la Teoría del impulso inicial, y esto también fue cierto en alguna medida para los principales keynesianos. Pero tanto él como ellos dejaron sin analizar la demanda por inversión, de modo que no hicieron nada para despejar la fuente de las falacias del impulso inicial. La recesión de 1937-1938 constituyó un revés especialmente duro. Los keynesianos habían esperado confiadamente que la recuperación, que había comenzado tan exitosamente en 1936, continuaría y que el Gobierno podría suspender su respaldo una vez que el pleno empleo se hubiese alcanzado. Algunos de ellos se preocuparon por los efectos desestabilizadores de los aumentos de precios y salarios de fines de 1936 y comienzos de 1937. También alertaron sobre una reducción demasiado rápida de la contribución neta del Gobierno. Pero no cuestionaron el supuesto básico de que, una vez alcanzado el pleno empleo, la inversión privada bastaría para garantizar que la economía siguiera su marcha.

El análisis de Hansen acerca de la demanda por inversión puso en duda este supuesto. Sería necesario, señalaba, continuar indefinidamente con una contribución sustancial del Gobierno. Esto, combinado con la convicción de que el sector público debía crecer por motivos de bienestar, brindó a los keynesianos una confianza renovada en la solidez económica y la rectitud social y moral de sus recomendaciones de política.

Un ejemplo palpable de este confiado espíritu de cruzado puede apreciarse en *Un programa económico para la democracia americana*,

escrito por un grupo de jóvenes economistas de Harvard y Tufts⁶ y publicado a fines de 1938. Otras intervenciones un poco más circunspectas a favor de un mayor nivel de respaldo gubernamental para la economía están contenidas en un informe, "Gasto federal en obras públicas", escrito por Galbraith y Griffith Johnson para el Comité de Planeación Nacional de Recursos, y en el *Informe anual del Secretario de Comercio de 1939*, cuya sección económica fue escrita por Richard Gilbert y Roderick Riley.

¿No ha demostrado la experiencia de la posguerra que la preocupación de Hansen por una deficiencia crónica de la demanda por inversión era infundada? Para resolver esta pregunta debemos observar primero otro desarrollo teórico del período inmediatamente posterior a la *Teoría General*, a saber, el teorema del multiplicador del presupuesto balanceado. La primera exposición publicada de la teoría que subyace a este concepto se encontraba en el ensayo de Samuelson "El pleno empleo después de la guerra" (Harris, pp. 27-54). William A. Salant había, sin embargo, desarrollado el análisis de manera independiente y simultánea, y Keynes había establecido ya el punto esencial en un memorando interno del Tesoro en septiembre de 1940 acerca del efecto de los mayores impuestos sobre el gasto de consumo⁷.

Lo que Hansen había dicho, esencialmente, era que no podríamos llegar al pleno empleo, excepto ocasionalmente con esfuerzos excepcionales, si no jugaban un papel mayor en la economía los gastos del Gobierno. Puesto que la palabra mayor significaba mayor que en la depresión, cuando los gastos del Gobierno en bienes y

6 Además de Richard V. Gilbert, George H. Hildebrand Jr., Arthur W. Stuart, Maxine Yapple Sweezy, Paul M. Sweezy, Lorie Tarshis y John D. Wilson, quienes aparecían como autores en ese tiempo, Emile Despres, Walter Salant y yo tomamos parte activa en las discusiones y en la escritura del libro. Para la época de su publicación, estábamos trabajando con el Gobierno y, de acuerdo con la costumbre prevaleciente del anonimato de sus empleados, omitimos nuestros nombres.

7 En una carta a Walter Salant, fechada el 11 de agosto de 1953, Samuelson decía: "Mi preocupación fundamental en el ensayo de Harris era precisamente la misma que Bill tenía en mente. Es una conclusión a la cual ambos llegamos independientemente... Bill y yo llegamos a discutirla en el almuerzo un día y él me mostró un manuscrito en el cual él había desarrollado esta noción." La información acerca del memorando del Tesoro de Keynes está contenida en R. S. Sayers. Los estudios sobre el concepto del multiplicador del presupuesto balanceado de Henry Wallich, Hansen y Harvey Perloff, Nicholas Kaldor y Trygve Haavelmo aparecieron en el curso de los años siguientes al escrito de Samuelson.

servicios eran de cerca del 6 por ciento del PNB, difícilmente podría uno refutarlo mostrando que habíamos tenido pleno empleo con gastos del Gobierno varias veces mayores que ese porcentaje.

Los keynesianos, en el sentido en que he usado este término, recibieron un fuerte respaldo en los frentes administrativo y político por parte de muchos que no eran economistas ni se habían especializado en teoría monetaria o del ingreso. Isador Lubin, Leon Henderson, Ezekiel y Tugwell fueron especialmente importantes al apoyar a Eccles y a Currie en la continua batalla entre partidarios del gasto y defensores del presupuesto balanceado. Morris Cooke y Beardsley Ruml, de la Comisión de Planeamiento de Recursos Nacionales, también ayudaron. Hopkins e Ickes asumieron el liderazgo en el frente político para la administración y se les unió Wagner en el Senado. Leon Keyserling, Tom Corcoran y Ben Cohen ayudaron en diferentes instancias y de muchas formas. Currie ha dicho de este último que era "el coordinador intelectual y el guardián de su conciencia" (de la del *New Deal*). Con todo, por supuesto, había otros; éstos eran sólo los más prominentes entre quienes ayudaron e instigaron a los keynesianos en la formulación e implementación de sus políticas.

LOS TREINTA EN RETROSPECTIVA

A finales de los treinta, los keynesianos habían llevado a cabo una gran tarea. Habían despejado mucha de la confusión reinante acerca del gasto, acerca de la inflación y acerca de la naturaleza y causas de la depresión. Habían llevado a los conservadores bien informados, representados en la Mesa Redonda de *Fortune* en marzo de 1939, a aceptar, por lo menos, el gasto anticíclico. Habían corregido la debilidad de su propia teoría, especialmente la debilidad que surgía de la idea del impulso inicial. Finalmente, habían preparado el camino para que se aceptara la posibilidad de que el Gobierno tuviera que brindar un nivel de respaldo permanentemente alto a la economía.

Aún quedaban grandes obstáculos. Los conservadores se oponían firmemente a cualquier expansión sustancial del sector público; el miedo a la deuda era aún fuerte. Más aún, la inercia de las instituciones e ideas establecidas constituía un lastre serio para la actividad económica. Incluso aunque los keynesianos estuvieran ganando al menos un respaldo calificado para el aumento del gasto

federal, los gastos locales y de los estados estaban siendo recortados y los impuestos, tanto locales como federales, aumentados. E. Cary Brown ha señalado que, si consideramos el conjunto de todas las unidades gubernamentales, sólo en 1931 y 1936, los años de los bonos de veteranos, el déficit de pleno empleo fue significativamente mayor de lo que había sido a fines de los veinte. La política fiscal parecía más expansiva de lo que era porque el ingreso era más bajo y la gente estaba acostumbrada a mirar el déficit existente más bien que el de pleno empleo.

Nunca sabremos, por supuesto, si tales barreras habrían podido ser superadas de no ser por la Segunda Guerra Mundial. Tal como ella se presentó, los candentes debates de finales de los treinta nunca fueron resueltos, simplemente se desvanecieron en el paisaje. Un sector público bastante aumentado se convirtió en parte de la vida cotidiana. Las principales reformas del *New Deal* dejaron, de la misma manera, de ser objeto de controversia. Incluso la deuda nacional dejó su puesto principal entre las preocupaciones de la nación. El camino había sido así despejado para que las políticas fiscales y monetarias racionales se volvieran parte del bagaje institucional de nuestro Gobierno. Las políticas propiamente dichas fueron, sin embargo, obra de los keynesianos, tanto dentro como fuera del Gobierno, y la mayor parte de este trabajo había sido hecho a fines de los años treinta.

REFERENCIAS

- Brown, D. V. *et al.*, *The Economics of the Recovery Program*, New York, 1934.
- Brown, E. C. "Fiscal Policy in the Thirties: A Reappraisal," *American Economic Review*, diciembre, 1956, 46, 857-879.
- Clark, J. M. *Strategic Factors in Business Cycles*, New York, 1934.
Economics of Planning Public Works, New York, 1935.
- Currie, L. B. "Causes of the Recession", *Fed. Res. Memo.*, abril, 1938.
- "The Failure of Monetary Policy to Prevent the Depression of 1929-32," *Journal of Political Economy*, abril 1934, 42, 145-177.
- "Money, Gold, And Income in the United States", *Quarterly Journal of Economics*, noviembre, 1933, 48, 77-95.
- Eccles, M. *Beckoning Frontiers*, New York, 1951.
- Galbraith, J. K. *Economics, Peace and Laughter*, Boston 1971.
- and G. Johnson, *Federal Public Works Expenditure*, Washington, D. C., 1940.
- Gayer, A. D. *Public Works in Prosperity and Depression*, New York, 1935.
- Gilbert, R. V. *et al.*, *An Economic Program for American Democracy*, New York, 1938.
- Hansen, A. H. "Economic progress and Declining Population Growth", *American Economic Review*, marzo, 1939, 29, 1-15.
- Harris, S. E. *Postwar Economic Problems*, New York, 1943.
- Jones, B. *James Harvey Rogers: An Intellectual Biography, 1886-1939*, Doctoral dissertation, Yale, 1966.

- Keynes, J. M. *General Theory of Employment, Interest and Money*, New York, 1936.
"Some Economic Consequences of a Declining of Population," *Eugenics Rev.*, 1937.
- Robertson, D. H. Review of Currie's *Supply and Control of Money*, *Econ. J.*, marzo 1935, 45, 128-31.
- Salant, W. S. "A Note on the Effects of a Changing Deficit", *Quarterly Journal of Economics*, feb. 1939, 53, 298-304.
- Samuelson, P. A. "Interactions Between the Multiplier Analysis and the Principle of Acceleration," *Rev. Econ. Statist.*, feb. 1939, 21, 75-78.
- Sayers, R. S. *Financial Policy 1939-45*, London, 1956.
- Stein, H. *The Fiscal Revolution in America*, Chicago, 1969.
- Viner, J. *Balanced Deflation, Inflation or More Depression*, Minneápolis, 1933.
"The Short View and the Long in Economic Life", *Proceed. American Economic Association*, marzo 1940, 30, 1-15.